

“El malestar sexual a cielo abierto”.

En esta entrevista Colette Soler reflexiona sobre el malestar sexual que se acrecienta en un contexto capitalista que, paradójicamente, propone la libertad y un aumento en la permisividad respecto de la sexualidad. Pero también sienta la postura psicoanalítica respecto de la expansión del diagnóstico de depresión como un efecto de la lógica del mercado y responde a quienes acusan al psicoanálisis de ser una religión.

¿Cómo puede sostenerse su pregunta “¿Qué hace lazo hoy?” en una época en la que se habla de la precariedad de los lazos sociales?

La pregunta “¿qué hace lazo hoy?” es una pregunta analítica. Deriva de la famosa tesis de Jacques Lacan “no hay relación sexual”, que formula lo que Freud comenzó a decir a comienzos del siglo pasado, cuando descubrió el goce perverso polimorfo del niño, poniendo en evidencia que los goces corporales no unen, y que esto también sucede dentro de una pareja adulta. Por lo tanto cada individuo es un cuerpo “proletario”, no en el sentido marxista, que destacaría su fuerza de trabajo, sino más bien en el sentido más antiguo. Porque este cuerpo que cada uno tiene y que necesita para gozar, no tiene nada para hacer lazo social, y no tiene otro compañero que los objetos de la pulsión, llamados por Lacan “objetos plus de goce”. Es sin duda alguna por eso que soñamos con Eros, que del alma de dos cuerpos hará una sola. Esto no es más que un sueño que el psicoanálisis desarma. De allí la pregunta analítica: ¿cómo estas unidades corporales, dice Lacan, llegan sin embargo a las relaciones sexuales (porque sí las hay), más allá de que no haya lazo y, más ampliamente, cómo llegan a los lazos que constituyen una sociedad? En la historia del psicoanálisis, esta pregunta precedió a Lacan pero en otros términos, bajo la forma de un gran interrogante sobre lo que los analistas post freudianos llamaban “la relación de objeto”, que ya suscitaba preguntas. ¿Qué vínculo entonces con el capitalismo y la globalización? Y bien, no es la culpa del capitalismo. Paradójicamente, hay algo convergente entre lo que el psicoanálisis revela del sexo fuera de la relación y lo que el capitalismo produce a gran escala, a saber, este efecto de disolución y de fragmentación de solidaridades interindividuales que son muy sensibles

a nivel familiar y de pareja. De allí este gran clamor contemporáneo sobre la precariedad de los lazos y el destino solitario de los sujetos de hoy en día. Pero esta maldición sobre el sexo no data de hoy en día, el capitalismo no hace más que revelar, y es tal vez mucho decir, lo que los discursos de la tradición enmascaraban hasta el momento, construyendo modelos de pareja que velaban la no relación sexual. Podemos seguir a lo largo de la historia una serie de grandes rostros de parejas que los discursos han forjado a lo largo del tiempo para suplir la carencia de relación. Vemos allí, al paso, que no hay más que lazos contruados por el sesgo del lenguaje. El capitalismo no se ocupa en lo más mínimo de suplir la no relación, las cuestiones del amor se encuentran más bien prescriptas, y cuando se ocupa es solamente para hacer negocios. Del goce perverso polimorfo el capitalismo se alimenta, ocupándose de ofrecer en abundancia la mayor cantidad de goces que pueda fabricar su mercado. De pronto, el malestar social que genera su economía se duplica de un **malestar sexual** que a partir de ahora se encuentra a cielo abierto.

¿Cómo puede pensarse a la pareja sexual en relación al lazo social? Y, por otro lado, ¿a quiénes puede considerarse fuera de ese lazo?

Cuando hablo de lazo me refiero a lo que Lacan llamó discurso. Cada discurso no es solamente ruido, un puro *bla bla bla*, sino un lazo social, un orden que regula el cuerpo, su goce y su convivencia. Usted sabe que Lacan distinguió cuatro tipos de discurso: el del amo, el universitario, el de la histeria y el analítico, muchos lazos sociales diferentes en los que aparecen constituidos pares: el amo y el esclavo, el profesor y su estudiante, el histérico y su maestro, el analista y el analizante. La pareja sexual no está incluida en estos pares discursivos, y con razón, ya que no forma parte de lazos sociales establecidos, y se produce, a veces, por encuentro epifánico. Solo podemos hablar de “fuera del discurso” en el caso de los psicóticos, que no están sujetos al orden del discurso. El hombre político o el artista eminente que imprime su falta sobre la realidad o la cultura del tiempo, que se encuentra entonces en el corazón de los arreglos sociales, puede estar fuera del discurso, revelar la psicosis que se exceptúa del orden discursivo. En este sentido, el fuera de discurso de la psicosis va desde la inadaptación crónica mas invalidante al dominio excepcional que cambia las cosas. Paradojalmente, son dos figuras del hombre libre, libre de trabas comunes que no lo llevan necesariamente a su

felicidad pero tampoco a su aislamiento. Y esto no tiene nada que ver con la protesta activa o pasiva de la víctima que, combata o sucumba, queda sujeta al discurso.

¿Cómo cree usted que Freud pensaría hoy ese *malestar sexual*?

Freud formuló este malestar de dos maneras, una más insistente que otra, pero es esta otra la que es la más importante. De manera manifiesta, él atribuye el malestar sexual, más específicamente, el síntoma de goce de la neurosis, a la represión social sobre el sexo. Hay que recordar que Freud emerge en la época victoriana y lee las novelas y biografías de la época, que sirve para medir el puritanismo de la moral de aquel tiempo. Aparece la idea de que con una menor represión, gozaríamos mejor. Sabemos que esta idea tuvo sus emuladores, con Theodore Reich a la cabeza, a quien esto no le funcionó ni dentro del movimiento analítico ni en su evolución personal. No obstante, Freud mismo marcó una reserva sobre su propia hipótesis notando que tal vez haya en la pulsión sexual misma “algo” que la excluye de su plena satisfacción. Este “algo”, siguiendo a Lacan, es lo real de la no relación, la imposibilidad misma de inscribir la relación sexual dentro de la estructura del lenguaje. De allí la observación de Lacan: si la represión no existiera, habría que inventarla. ¿Por qué? Y bien, porque ella sirve para enmascarar, para mistificar lo imposible que sí es real, lo suficientemente real como para que no lo podamos erradicar. La evolución de nuestras sociedades le ha dado razón al segundo enfoque de Freud que Lacan relevó: la represión social del sexo no está más, la permisividad ha ganado, pero no se goza mejor y el malestar se acrecentó. Sobre este punto, Freud hoy en día no podría más que adoptar las fórmulas de Lacan.

Se dice que nuestra época es muy individualista. ¿Cuál es su opinión respecto de la expresión “individualismo”?

Hay seguramente evoluciones en el seno de lo que llamamos “individualismo”. El individualismo tiene ciertamente raíces religiosas en el cristianismo, pero ha sido necesario que se sumen raíces que se sitúan en la aparición de la ciencia, en el siglo XVII, y que se desplieguen también los efectos mundanos de ésta para que su reino comience. Es Descartes quien, con su *cogito*, produjo la fórmula del sujeto de la ciencia

“pienso, luego existo”. Este *yo* en el que el ser es el supuesto de su pensamiento elide evidentemente el lazo con el otro, se ha posado sin mediación, “solipsismo” lo han llamado. Han sido necesarios tres siglos para llegar a nuestro individualismo. Lo he caracterizado con la expresión de individualismo *narcínico*, condesando las palabras narcisismo y cinismo. El narcisismo que hace prevalecer los intereses propios y el cinismo que reduce estos intereses a su goce. Cínico es quien no tiene más causa que su propio goce. Pero el cinismo conoció él también su propia evolución, el cinismo de hoy día no es el mismo que el de Diógenes. Él exhibía ciertamente su masturbación, pero era un cinismo de combate que interpelaba al maestro Alejandro, su famoso “quítate de mi sol” sí participa de un lazo social.

El cinismo contemporáneo es un cinismo por defecto, una especie de cinismo de la desesperación, de la falta de alguna causa que valga. El fracaso de las grandes causas revolucionarias del siglo XX ha contribuido muchísimo, si no me equivoco, y ha conformado un cinismo solitario, que puede ciertamente explotar al otro, a los otros, pero que no enlaza al sujeto que tiene sus “plus de goce”. En este sentido la conexión con el más de goce de lo virtual, del que creo que se hace realmente demasiado caso, no hace más que revelar de manera paradigmática lo que es propio del capitalismo en general: no crea más que un solo lazo, poco social, aquel que lleva al sujeto cínico a su plus de goce.

¿Qué lugar piensa que tiene la depresión hoy, en el sistema capitalista?

Sobre la depresión quiero subrayar que no es la enfermedad del capitalismo. Intenté demostrar que si hay una enfermedad del capitalismo es más bien la angustia. Y sin embargo, la angustia que interesa al psicoanalista Freud, y que es en efecto lo que desencadena la neurosis (Lacan le ha consagrado un año), le interesa mucho menos al capitalismo. Porque la angustia no impide trabajar, inclusive estimula al punto que las grandes empresas lo utilizan a su favor. Por lo contrario, la depresión es sinónimo de una interrupción de trabajo, una amenaza para la economía de mercado que se ha movilizado hacia las industrias farmacéuticas, y que de pronto, del diagnóstico a la prescripción, fabrica un enfermo, el depresivo, que no existe. No existe porque esta baja de la tensión deseante, que llamamos depresión, no tiene unidad, va desde la fatiga del

trabajador agotado, a la melancolía psicótica, pasando por la tristeza de los vaivenes amorosos y la morosidad causada por la distancia de nuestro goce: todos efectos de nuestro desorden económico y social.

¿A qué refiere la expresión “afectos lacanianos”?

Mi libro sobre *Los afectos lacanianos* es la continuación de otro libro, publicado antes, en el año 2009, en Francia, pero que salió posteriormente en Buenos Aires, titulado *Lacan, lo inconsciente reinventado*. Sigo la trayectoria de Lacan, quien después de habernos martillado con la idea de que el inconsciente es lenguaje, entonces simbólico, llega a una tesis totalmente nueva: el inconsciente es real. He desarrollado esta noción que escribo de cuatro letras ICSR, para cuestionar su alcance, lo que la funda, y sus consecuencias tanto prácticas como clínicas, y me di cuenta que va a la par con una nueva visión sobre los afectos, o sobre algunos de ellos, a partir del seminario *Aún*. Podemos verificar una vez más el error de quienes afirman que Lacan desconoce los afectos en provecho del lenguaje, es todo lo contrario.

¿Cómo responde a quienes acusan al psicoanálisis de ser una religión?

Cuando el Papa subraya la importancia de la privación, de la humildad y del sacrificio, se encuentra en su rol, y no hay razón para sospechar de su sinceridad, pero no hace más que recordar el mensaje cristiano que está vigente desde hace tiempo ya, sin impedir por ello prácticas que lo objeten. Hay pocas chances de que esto cambie pero si cambiara, si asistiéramos a una renovación de los valores del cristianismo, no pienso que esto sirviera al psicoanálisis. El psicoanálisis no solamente no es una religión, sino que además no tiene afinidad con la religión, no comparte valores y no anuncia ninguna redención. No cultiva la culpa, y no incita a la privación, permitiendo más bien soportar la parte inevitable. En cuanto a la humildad y al sacrificio, está lejos de considerarlas como virtudes. Son, la mayor parte del tiempo, síntomas de renunciamiento que se auto justifican a través de la religión, pero que en efecto no le sirven ni al sujeto ni a los otros. Un psicoanálisis incita al sujeto a explorar su inconsciente para saber de qué está hecho lo que lo sobrecarga y lo obstruye y reconocer los síntomas de su singularidad.

10. Finalmente, ¿cómo entiende usted, en la época de las compulsiones y los feroces mandatos del superyó, la idea o la experiencia de un final de análisis?

Las compulsiones y el superyó marcan sin duda la sintomatología de los sujetos de hoy en día, que constituyen a veces un obstáculo a la entrada en análisis, pero no cambian gran cosa en la problemática del final de análisis. Cuando un sujeto ha entrado en la relación transferencial y se ubica en relación al sujeto supuesto saber, la pregunta del final de esta relación se encuentra presente. Si podemos calificar lo que implica la entrada, deberíamos poder también calificar lo que implica la salida. La pregunta se plantea a los psicoanalistas que buscan hacer teoría, pero se impone al analizante mismo, es una cosa bastante sorprendente. El analizante experimenta hablar a un sujeto del que espera interpretaciones sobre lo que él es y crea así un apego. Y si la transferencia se ha instalado se manifiesta como amor, Freud lo ha constatado desde el principio. Ahora bien, cosa curiosa que indica que no es cualquier tipo de amor, es el único amor del que uno espera, donde el analizante espera que no dure para siempre, e incluso, que no dure demasiado. De ahí sus protestas desde el inicio: no quiere que dure mucho tiempo. Y sin embargo, como decía Lacan, hace falta tiempo.